



Miss Wolf

Miss Wolf se apareció, amable y risueña, en Bosque Ciruelo. Adornada con coloridas pulseras y con lentes de espejo celeste, llevaba, además, un llamativo sombrero rosa chicle. En ese momento dijo, con una pronunciación resbalada, que venía de muy lejos, de América del Norte, de unos estados que están unidos. Llegó con poco equipaje, pues le gustaba viajar ligera para llegar rápido a donde el viento la llevara. A los pocos días, alquiló un garaje desocupado, pintó el portón de turquesa y puso un letrero muy grande, que decía: «Aprende inglés en un mes. Te daremos la llave que abre las puertas del mundo».

Debo confesar que mi vida de zorro gris común y silvestre cambió desde que leí su anuncio. Surgieron en mí dos preguntas que nunca me había hecho: la primera, ¿por qué no me había dado cuenta de que *inglés* rimaba con *mes*?, y la

¡Aprenda inglés en
un mes!

Te daremos la
llave que abre las
puertas del mundo.





segunda, más importante todavía, ¿el mundo tenía puertas? En la escuela de zorros me habían enseñado varias cosas sobre el mundo: que era redondo, que giraba sobre su eje y que también giraba alrededor del sol. Pero ningún profesor me había dicho que existía una llave que lo pudiera abrir, ¡ninguno!

Inmediatamente, me inscribí en el curso de Miss Wolf. Ella me dijo que en dos semanas empezaban las clases, que llevara un cuaderno, un lápiz, un borrador y muchas ganas de aprender. A partir de ese momento, me la pasé contando los días, quería que las dos semanas pasaran ¡ya!

¿De qué tamaño debería de ser mi mochila? ¿La llave para abrir las puertas del mundo sería chiquita, mediana o grande? ¿Qué habría dentro del mundo... gnomos pequeñitos, monstruos, o tal vez un país muy muy caliente? Mis amigos me habían comentado que el mundo no se puede abrir, que nadie ha llegado al centro de la Tierra; que seguramente aquella frase de la llave era un «truco publicitario» para conseguir alumnos. No les hice caso. Miss Wolf se veía muy sincera y honesta. Además, la parte de sus ojos que se podía apreciar a través de sus lentes me hacía pensar que era muy buena persona.

Luego de mi ansiosa espera, llegó mi primera clase; después vino la segunda, y así... día a día asistí puntualmente a mi curso de Inglés. Miss Wolf nos enseñaba siempre novedades, como, por ejemplo, a decir: *I am happy*, si estábamos contentos, o a decir: *Today is monday and the weather is sunny*, que sirve cuando es lunes y el clima está soleado. Luego de tres meses, Miss Wolf nos dijo que ya sabíamos lo básico para emprender nuestra gran aventura por el mundo, lo cual me llenó de emoción.

La maestra hizo una simpática ceremonia de graduación en la plaza central de Bosque Ciruelo: nos puso a todos sus alumnos en una fila, nos dedicó unas palabras, echó unas lagrimillas y, al final de su discurso, nos entregó a cada uno un sobre cerrado.

«¡El sobre cerrado con la llave que abre las puertas del mundo!», pensé.

Creo que, debido a la emoción, no caminé hacia Miss Wolf, sino que floté. Me dio un beso en el cachete y luego me dijo algo que, definitivamente, no entró en mi cerebro, pues en él solo había lugar para una sola idea: obtener la llave. Regresé a mi lugar en la fila, con mi sobre y mi

sonrisa. No podía sonreír más porque no tenía un hocico más grande.

Al que no le gustó mucho mi sonrisa fue a Al, uno de mis compañeros. Al era una alpaca.

—Apaga tu sonrisa, *brother*, no es para tanto. Además, asustas —dijo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Acaso no te pone refeliz recibir la llave? —le respondí con extrañeza.

—¿Qué llave? ¡No me digas que ahora se le llama «llave» al diploma! La jerga va más rápido que yo, *brother* —respondió Al.

En ese momento tomé el sobre y, de un zarpazo, lo abrí. ¡Al tenía razón! Solo había un diploma que certificaba que había aprendido inglés. Sentí que mi cabeza se calentó, y empecé a sudar y a temblar de los nervios. Tuve que calmarme para que no me sucediera lo que le pasó a mi tío Fulgencio: mi mamá me dijo que le dio un síncope; nunca estuve seguro de lo que era, pero estaba relacionado con un ataque de nervios. Así que tuve que recordar la famosa técnica: para, respira, piensa... «¡Sí! —me dije a mismo—. Para de temblar... Respira y cuenta hasta diez: uno... dos... Tiene que haber un



error... tres, cuatro, cinco... No puede ser que la maestra se haya olvidado de darnos la llave... seis, siete, ocho, nueve... ¡Lo prometió en su anuncio!... diez». Luego pensé que lo mejor sería revisar bien. Algo más calmado, decidí leer bien el diploma, tal vez en él habría un código para canjearlo por la llave o algo así, pero lo único que pude ver fue que, debajo de mi nombre, decía: «¡Felicitaciones, ahora ya puedes abrir las puertas del mundo!... Pero... ¿con qué llave?

10



Cuando quise buscar a Miss Wolf para reclamarle su olvido, ella ya se había ido. En ese momento pensé que solo podía estar en un lugar: ¡el instituto! Corrí como un loco hacia allá, pero, cuando llegué, lo que había funcionado como salón de clases se veía como un garaje vacío con un portón turquesa. El cartel que anunciaba las clases ya no estaba y, al parecer, Miss Wolf se había ido con el viento. Me quedé parado, mirando aquel portón sin letrero, con una lágrima que recorría mi mejilla derecha.

11

—Relájate, *brother*, ya no llores. Yo también la voy a extrañar.

No me había dado cuenta de que Al había estado siguiéndome todo el tiempo. Por unos minutos, nos quedamos parados, mirando en silencio el portón, hasta que Al formó una letra *v* con su pezuña y me dijo:

—*Don't worry, be happy*¹. ¡No te preocupes, puedes practicar tu inglés conmigo! —insistió Al.

Pero no me convenció. Yo seguía sumido en una profunda decepción.

—Vamos, *brother*, ¡anímate!

¹ No te preocupes, sé feliz.

—No quiero practicar, Al, no tengo ganas —le repliqué.

—No entiendo por qué no quieres practicar inglés. Si no lo practicamos, vamos a olvidar lo aprendido.

—Es que a mí nunca me interesó el inglés. Yo quería la llave.

—¡Otra vez me hablas de la llave! ¿A qué te refieres?

12 —A la llave que nos prometió Miss Wolf. ¿No lo recuerdas?... «Aprende inglés en un mes. Te daremos la llave que abre las puertas del mundo».

—Ah, esa llave.

—¿La conoces?

—Creo que sí.

De pronto, me repuse. Al acababa de encender una luz al final del túnel de mi tristeza.

—Háblame más, soy todo oídos —le dije.

—Es la llave de los idiomas —me dijo Al en voz bajita, como si me hablara de un secreto supersecreto.

—Cuéntamelo todo.

Al me explicó que la llave que abre las puertas del mundo se obtenía no solo con el inglés, sino con todos los idiomas, y que, por eso, no la habíamos recibido aún. Tendríamos

que practicar nuestro inglés hasta lograr una muy buena pronunciación, y luego, aprender más y más idiomas, hasta obtener la llave.

—Me han dicho que es una llave mágica y que aparecerá cuando estemos listos —comentó Al.

—¡Pues hay que conseguirla! —dije yo.

—¡¡¡Shhhhh!!! ¡¡¡Habla más bajo, bro, si le andas contando lo de la llave a todo el mundo, todo el mundo querrá tenerla!!! Así que guarda el secreto y... *Let's practice english!*², OK? —dijo como en secreto.

—OK! —respondí bajito.

—¡Hasta «tomorrow», brother! —se despidió Al, y luego se fue con una gran sonrisa de alpaca.



² ¡Vamos a practicar inglés!